



Mitin en apoyo a la República Española en el Ángel de la Independencia, ciudad de México. Archivo General de la Nación, México, Fondo Díaz, Delgado y García.

Entrada Libre

Revolución y profanación*

Simon Schama

¿EL FARAÓN PROTEGE su patrimonio? ¿Fue ése el mensaje que la semana pasada quiso enviar Hosni Mubarak al crear, entre los tumultos y vidrios rotos de las expediciones de saqueo al museo egipcio, el Ministerio de Antigüedades?

El nuevo ministro es Zahi Hawass, un sujeto exuberante que se dedica a la arqueología, a las presentaciones por la televisión y que es un eterno funcionario de antigüedades a quien en ocasiones le ha dado por potenciar las actitudes antisionistas de costumbre por medio de actos al parecer más directos, como cancelar la apertura oficial de la sinagoga de Maimónides por no ofender a los musulmanes.

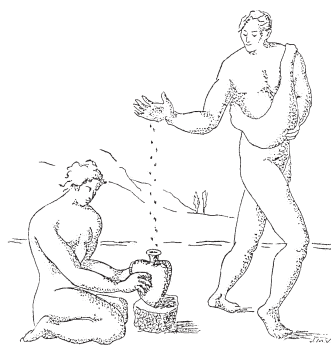
Hawass ha sido un promotor incansable de que se devuelvan a Egipto objetos como el busto de Nefertiti exhibido en Berlín, las pinturas del techo del templo de Dendera ubicados en el Louvre o la Piedra de la Roseta del Museo Británico, de plano más osado, los obeliscos en París, Londres y Nueva York. Por lo que la imagen de Hawass (asequible en la red) lamentando el daño a dos momias y a un bello modelo de bote que representa la embarcación que conduce a los muertos al más allá no parecería ayudar a la causa de la repatriación.

* Tomado del *Financial Times*, 5 de febrero de 2011. Traducción de Antonio Saborit.

Paradójicamente, sin embargo, es exactamente durante los tiempos de los levantamientos revolucionarios que el destino de las antigüedades —su redundancia o su indispensabilidad para el futuro— se discute con mayor vehemencia. En parte se debe a que cuando se disuelve la autoridad civil, la tentación de saquear es con frecuencia irresistible; y en parte porque toda revolución lleva en sí un rasgo iconoclasta cuando menos. El júbilo de la profanación, de destrozar el tabú, es inseparable del golpe de adrenalina de otros tipos de liberación. El único punto es si las imágenes que se han de violar son únicamente los íconos del odiado gobernante, o si también se destruye, en aras de limpiar el futuro, todo el repertorio de fetiches de la memoria que imponen reverencia ante el paroxismo de la libertad: tumbas y retratos, tronos y estatuas.

Está en juego asimismo lo que se podría llamar la psicología del honor patriótico, que es un asunto intenso en cualquier revolución. No es accidental que, mientras escribo esto, el frente de las batallas callejeras se localice en el perímetro del Museo Nacional, de donde emergieron cohortes pro Mubarak gritando “No más vandalismo”, no obstante que arrojaban trozos del pavimento a los manifestantes en la Plaza Tahir. De modo que el pleito por la legitimidad se vuelve —sorprendentemente— contra quienes se detentan como los mejores guardianes de la antigüedad de la nación. No importa que antes de que las tropas asumieran los deberes de custodia, patrullas improvisadas de ciudadanos formaron una cadena humana alrededor del museo para protegerlo del saqueo. La fuerza del aserto de los contraatacantes es que los antiMubarak son heraldos del caos, la verdadera amenaza a las momias.

Es mucho lo que gira en torno a la batalla sobre el vandalismo. Los nobles custodios de la dignidad revolucionaria —quienes desean asegurar que la justa ira del pueblo no degenera en el alboroto animal del populacho— muchas veces hacen lo imposible por apropiarse de la herencia cultural, señalando la destrucción de ciertos artefactos, a la vez que preservan otros en favor de la renacida nación. En 1793, durante la Revolución Francesa, Jacques-Louis David hizo una gran hoguera pública en lo que es hoy la Plaza de la Concordia con los fetiches de la monarquía: tronos y cetros y cosas así. Sin embargo, fue el ciudadano obispo Gregoire quien acuñó por vez primera la voz “vandalismo” para estigmatizar al populacho que, en nombre de purificar a Francia de todas las huellas de la memoria real, cogió el martillo y se dirigió a las tumbas de la capilla de St Denis.



Las mismas dinámicas culturales han operado de diversas maneras en revoluciones más recientes. Los soviéticos eligieron no destruir su cultura tradicional pero la dejaron secarse junto con las enérgicas producciones de la Revolución. La iconoclasia maoísta le declaró la guerra a su propio clasicismo —pero en la práctica, permitía la sobrevivencia de algún remanente— y los talibanes (revitalizando una vieja tradición de la aversión islámica a la imagería humana) destruyeron los colosales Budas de Bamiyan. Y si se cree que nosotros no hacemos estas cosas, vayan y vean las estatuas decapitadas y sin rostro en la Capilla de la Virgen de la Catedral de Ely para recordar nuestra propia capacidad para la brutalidad iconoclasta. Si Neil MacGregor no fuera un académico tan alegre, con facilidad podría hacer una interesante serie radiofónica titulada *Una historia del mundo en cien mutilaciones*.

El patriarca de todas las preservaciones revolucionarias fue el autodidacta Alexandre Lenoir, quien echó a andar su propia campaña, boquiabierto ante la destrucción de los monumentos medievales y renacentistas de parte de esos “vándalos”, para rescatarlos de la pica de los *sans-culotte*. Trasladó carretadas de esculturas y tumbas medievales al convento de los Petits-Augustins, en donde las catalogó y acomodó en una procesión cronológica.

Así nació el Musée National des Monuments Français de Lenoir, el primer esfuerzo por dotar al público, en su momento, con la experiencia de tener un paseo por la historia de Francia, desde los merovingios hasta la Ilustración y la actualidad, por medio de la escultura, los muebles, los tapices y cosas de este tipo. Es el ancestro en París del actual Musée de Cluny (fundado en parte por el hijo de Lenoir), así como de las salas del Museum Victoria and Albert en Londres.

Algunos de estos conjuntos, como la tumba del rey merovingio Clodoveo, eran imaginativos, pero eso no impidió que el público quedara atrapado por la memoria sepultada de Abelardo y Eloísa.

El joven Jules Michelet, quien llegaría a ser el mayor de los historiadores románticos de Francia, recordaba que de niño quedó impresionado por las esculturas colocadas en el jardín Elíseo de Lenoir: una comunión entre el presente revolucionario y el pasado medieval que dejó una lenta y profunda marca en su imaginación literaria. Esperemos que las antigüedades del viejo Egipto sean cuidadas de la misma manera, en lugar de estropearlas, por las incontenibles pasiones del momento revolucionario.

